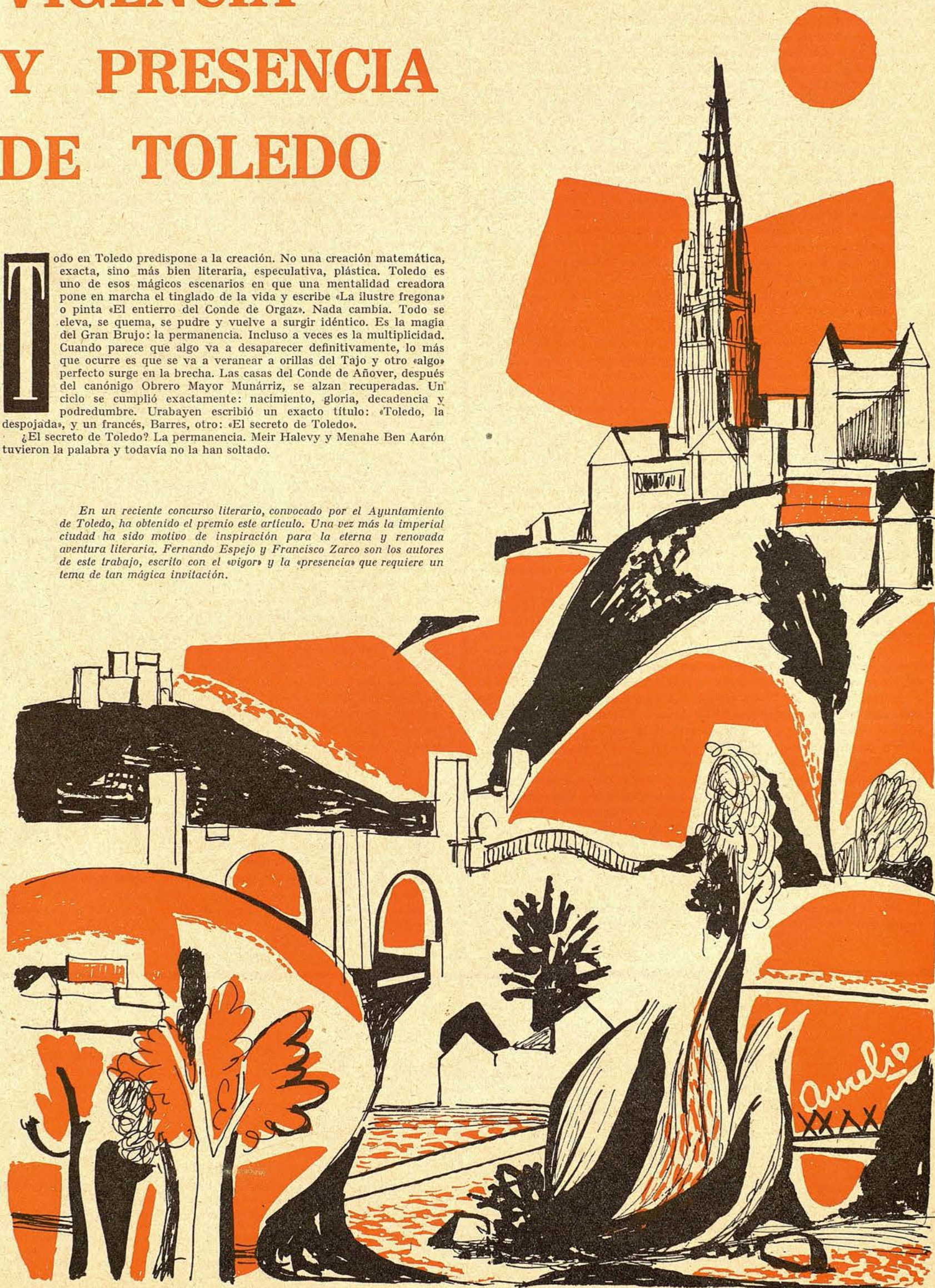


VIGENCIA Y PRESENCIA DE TOLEDO

Todo en Toledo predispone a la creación. No una creación matemática, exacta, sino más bien literaria, especulativa, plástica. Toledo es uno de esos mágicos escenarios en que una mentalidad creadora pone en marcha el tinglado de la vida y escribe «La ilustre fregona» o pinta «El entierro del Conde de Orgaz». Nada cambia. Todo se eleva, se quema, se pudre y vuelve a surgir idéntico. Es la magia del Gran Brujo: la permanencia. Incluso a veces es la multiplicidad. Cuando parece que algo va a desaparecer definitivamente, lo más que ocurre es que se va a veranear a orillas del Tajo y otro «algo» perfecto surge en la brecha. Las casas del Conde de Añover, después del canónigo Obrero Mayor Munárriz, se alzan recuperadas. Un ciclo se cumplió exactamente: nacimiento, gloria, decadencia y podredumbre. Urabayen escribió un exacto título: «Toledo, la despojada», y un francés, Barres, otro: «El secreto de Toledo».

¿El secreto de Toledo? La permanencia. Meir Halevy y Menahe Ben Aarón tuvieron la palabra y todavía no la han soltado.

En un reciente concurso literario, convocado por el Ayuntamiento de Toledo, ha obtenido el premio este artículo. Una vez más la imperial ciudad ha sido motivo de inspiración para la eterna y renovada aventura literaria. Fernando Espejo y Francisco Zarco son los autores de este trabajo, escrito con el «vigor» y la «presencia» que requiere un tema de tan mágica invitación.



«...sube presto al sobrado alto de la solana, y baja acá el bote del aceite serpenteando, hallarás colgado del pedazo de la sogá que traje del campo, y la otra mano derecha hallarás un papel escrito con sangre de murciélago, debajo de aquella ala de dragón, al que sacamos ayer las uñas...»

No vale asustarse: es, en efecto, la voz, el eco y nuevamente la voz de Celestina. ¿No la habéis visto bajar tambaleándose la cuesta de la Prensa? Rojas la vio. ¿No la veis avanzar aún, sinuosa y murmurante, junto a los muros de San Lorenzo? Rojas la vio. ¿No la observáis cómo circunda todavía las tapias del jardín donde un ciprés es plateado por la luna? Rojas la vio.

¿Quién, en un alarde de inteligente neorrealismo, no se atrevería a rodar «La Celestina» en *escenariados* plateresca? ¡Están ahí! ¿Quién se atreve a rodar aún hasta la bellísima galería plateresca de la casa número 10 de la calle de San Lorenzo. Siete son los maravillosos arcos en trance de perderse y ya casi perdidos. Don Fernando Chueca, el vecino y dueño de Munárriz e ilustre restaurador, bien podría ser el Gran Brujo. Los arcos están altos, pero son dignos de la escala de Calixto. Para subir, hace falta amar mucho a Toledo. Habrá quien lo haga, pues Melibea siempre espera y bien lo merece. Nuestra ciudad ni es joven, ni quizá virginal, pero es sabia.

Hablábamos de «La Celestina» ¿La Celestina en Toledo, la Celestina de Toledo? No discutamos... por ahora. Desde luego la Celestina en Castilla. Un poco de aquí y un poco de allá. Hablábamos de Rojas, y Rojas sí que le vemos en Toledo y de Toledo.

Rojas es de la cercana Puebla de Montalbán, «hijo de padres judíos y judío él mismo, o tal vez converso». «Fizose letrado; se naturalizó en Talavera, ciudad en la que ejerció el cargo de Alcalde Mayor varias veces y en la que murió, siendo enterrado en la iglesia del convento de la Madre de Dios.» Durante su vida se vio complicado en dos procesos de la Inquisición de Toledo. «El primero de 1517 y 1518, contra un vecino de Talavera», y en el que figura como testigo. El segundo de 1525 y 1526, contra Álvaro de Montalbán, suegro de Rojas y «vezino de Montalbán». Creemos que con tan claros y escuetos datos sea fácil exponer la influencia que Toledo ejerció sobre Rojas. Por su cargo de Alcalde de Talavera, por sus asuntos de Letrado, por su participación en dos procesos de la Inquisición, por cercanía geográfica, es de natural y menor resistencia argumentar en pro de una más amplia participación toledana en la obra de Rojas: no única, pero sí más amplia.

La técnica dramática y novelística requiere, hasta nuestros mismos días, que sean escogidos de sitios varios, los retazos, hechos, anécdotas y peripecias más sugestivas para que, hábilmente engarzados, den la sensación de un solo y homogéneo cuerpo. Cuando la obra es comprometida, el mismo autor es el encargado de enmarañar la situación para que nadie del lugar se vea retratado. Dislocar en suma la acción y los escenarios. Enmascarar, escamotear, esconder y guardar la clave. He aquí el problema.

Para nosotros, que Rojas *conoció* a muchos de los personajes de «La Celestina» en su deambular toledano. Nos parece imposible que el Alcalde talaverano no gestase en su mente la mayor parte de las escenas de la tragedia de Calixto y Melibea en Toledo, si a Toledo venía un día sí y al otro también, si en Toledo vivía, callejeaba y... pernoctaba. Si las casas de Gaitán, en las Covachuelas, pudiesen susurrarnos al oído algunas cosillas —en voz alta no sería tolerado para menores— veríamos, no sin cierta alegría, confirmadas nuestras suposiciones. Gaitán permanece en silencio, como silenciado quedó el nombre del verdadero propietario de las casas. Luego, el tiempo, que es la gran mentira, nos cuenta la gran verdad. Una vez, esta verdad es la permanencia, la vigencia de los núcleos históricos: Toledo; otras, la tragicomedia que *necesariamente* viven los seres que ubican en otros ambientes.

Desde Cervantes a Gastón Baty y Benavente, pasando por Rojas, Lope y Tirso, sin olvidarnos de Gaspar Gómez, Francisco Delicado, Medinilla, Vasconcelos o Larreta, todo es drama o tragedia enmarcada en tierras de Toledo.

Sólo en este viejo y grande escenario pueden tener cabida, sobre piedra incommovible y sobre reposadas y variadas civilizaciones, las sutilezas de «los Ci-

garrales» de Tirso, la casi picaresca cervantina, la agudeza psicológica de «la Dominica» benaventina, o los desgarrados gritos de Baty. Todo esto y más ha ocurrido en nuestros callejones, cuevas y plazas. Caminad lentamente, observad, y veréis cómo todavía palpita, sin literaturas, la vida de siempre. Ocurre en San Cipriano, Gilitos, San Andrés, El Barco, Pozo Amargo, San Miguel o San Justo. Ocurre en Toledo. Son otras formas, es cierto, otros seres —con semejantes pasiones—, pero el mismo fondo, Toledo, incommovible y casi eterno: es su misterio. Quizás el que intuyó Barres.

«Mirando estas caras que cruzan y vuelven a cruzar por la plaza, recuérdase que después del regreso de los Reyes Católicos y de la partida de los príncipes moros, el fondo de la población siguió siendo árabe y judío, hasta el punto de que sin el esfuerzo constante de la administración eclesiástica, Toledo habría retornado, por su propio impulso, al Corán y a la Biblia.»

Podríamos seguir y *montar* un Toledo de citas literarias que es historia y permanencia. El Toledo del señorito que viene a la ciudad a arreglar los asuntos del campo y que sagazmente refleja Benavente en «Señora Ama», con toda la propiedad de expresión que se pueda imaginar. El Toledo guerrero y cidiano, con su monarca Alfonso, «Toletanus Imperator», enojado con Rodrigo al extremo de provocar el destierro del héroe. Siempre Toledo intrigante y misterioso, jugador y trapisondista. El Toledo de ayer mismo. El Toledo alcazareño de 1936, el Toledo ciudad de frente, cuyo capítulo está por escribir, plétórico de muerte y amor, de bombardeos aéreos, actos heroicos y acciones miserables, hasta llegar a ese otro trascendente y terrible de las contrapartidas, en su tierra, que narra Emilio Romero en «La paz empieza nunca». Toledo escenario inmenso donde se asoma España a representar su existencia. Y todo pasa y Toledo permanece.

Conversando en un cigarral, Eugenio Montes nos dijo en una hermosísima tarde de junio, «que Toledo antes de ser cristiano fue católico. Católico en cuanto universal tiene de histórico acontecer, de aglutinante y de síntesis. Los pueblos de Centroeuropa y después Roma estaban aquí antes de que Castilla supiese que lo era.»

Es difícil imaginar que Toledo sea Castilla. Es más, no lo es. Toledo es España, quizás Europa, y... algo más. Bastante más. Apurando, diremos que Toledo, al ser totalmente Oriente, zoco y ghetto, es cuando a su conquista llegan los caballeros de primigenia cruzada. Cristiano al fin, pero en su existencia tuvo largas etapas —y esto deja honda e imborrable huella— un órgano vital que está hecho de aduar y zoco, ghetto y judería. Un raro compuesto de sol africano y paredes blancas. De molición calentona y placidez en el vivir. De ojos tapados, candelabros de siete brazos o serrallo. De oraciones, sacrificios y penitencias: afirmaciones robustas y dudas teológicas. Santa Teresa reza y San Juan de la Cruz es perseguido y encarcelado. Sólo Toledo podía hacer de un hipotético *juego de piernas*, en los baños de la Cava, piedra angular de Historia. Este es el embrujo y el duende: la gran mezcla.

Junto a esto, no es de extrañar que haya existido la tremenda y alucinante legión de rastros servidores, famélicos hampones, troteras, enfrailados, traidores, celestinas, espadachines y truhanes. Sólo aquí la Inquisición, desde las iluminadas de San Plácido —traídas en carretas— hasta la Aldonza del teatro francés, tiene justificación. Toda la picaresca de una gran ciudad —Toledo fue capital de un imperio— y la granjería de los lazarillos camineros y de plazuela, pasa por este paralelo.

* * *

El sol ha caído sobre la raya del horizonte una vez más. Mañana volverá a ocurrir y así hasta el final de los tiempos. Ha habido un sol rojo y trémulo, cargado de vibraciones cromáticas.

Una aguja pétrea sobre la roca. La roca se ciñe con cinturón de agua y se eleva hasta el firmamento. Su lengua de hierro ha dicho: «Hasta mañana, si Dios quiere.»

La raya del horizonte, el sol, la aguja de piedra, la roca y el río. Lo de siempre: el milagro de cada día.

EL ECUADOR CREA TRES PREMIOS DE DIEZ MIL DOLARES

Con motivo de la próxima inauguración de la XI Conferencia Interamericana, que comenzará en Quito el 24 de mayo de este año, el Gobierno del Ecuador ha creado tres premios de diez mil dólares cada uno, llamados «Simón Bolívar», «Pedro Vicente Maldonado» y «Juan Montalvo».

El premio «Simón Bolívar» se destina a la vida y la obra de aquellos magistrados, estadistas,

dirigentes de opinión, internacionalistas, sociólogos o publicistas que más hayan contribuido a la realización del pensamiento y el ideal bolivariano. El «Pedro Vicente Maldonado» se destina a premiar la obra científica de los investigadores en los diversos campos de las ciencias o en la aplicación de éstas al bienestar humano. El premio «Juan Montalvo» se destina a la obra literaria en los campos del ensayo, la novela, poesía, historia,

biografía o filosofía que tiendan a exaltar los altos valores del espíritu.

A los premios, que se conceden cada cinco años, podrán concurrir todas aquellas personas nacidas en alguno de los Estados americanos. La proposición de las candidaturas podrá ser hecha por entidades oficiales y particulares de los Estados americanos, y deberá ser dirigida a la Presidencia de la Casa de la Cultura del Ecuador, Quito.